

En “(Pre)Textos para el Análisis Político. Disciplinas, Actores y Procesos”. México (México): FLACSO - México.

Movimientos Sociales. Un mapa de la cuestión.

Retamozo, Martín.

Cita:

Retamozo, Martín (2010). *Movimientos Sociales. Un mapa de la cuestión*. En “(Pre)Textos para el Análisis Político. Disciplinas, Actores y Procesos”. México (México): FLACSO - México.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/martin.retamozo/77>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psap/hom>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

(Pre)textos para el análisis político. Disciplinas, reglas y procesos



MOVIMIENTOS SOCIALES: UN MAPA DE LA CUESTIÓN

Martín Retamozo¹

INTRODUCCIÓN

En el breve relato “Del rigor de la Ciencia”, Jorge Luis Borges evoca la historia de un Imperio en el cual la cartografía había llegado a tal desarrollo que los expertos se dispusieron a realizar un mapa perfecto, un mapa que coincidiera exactamente con los detalles de aquel reino. El absurdo de tal esfuerzo fue evidente para quienes lo necesitaban una guía: un mapa de estas características es completamente inútil (no podría desplegarse), un mapa consiste en una rigurosa simplificación atenta a ser útil para quien requiere de sus servicios. Pues bien, este trabajo tiene por objeto introducir al lector al campo de estudio de los movimientos sociales, para ello hemos elaborado este mapa de la cuestión que lejos de la precisión del relato borgeano busca la virtud de ser una guía eficaz para quien se aproxima a la temática.

¹ Doctor en Ciencias Sociales (FLACSO-México). Profesor de Filosofía y Magíster en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional de La Plata (UNLP-Argentina). Profesor-Investigador del Centro de Investigaciones Socio-Históricas de la Universidad Nacional de La Plata. CONICET, Argentina. Líneas de investigación: subjetividad, sujetos y movimientos sociales, populismo y movimientos populares y epistemología de las ciencias sociales. ✉ martin.retamozo@gmail.com

El presente capítulo, en consecuencia, ofrece un itinerario general y las claves para que el lector se sumerja en el campo temático de los movimientos sociales. Así, este mapa inicia con una primera parte dedicada a los orígenes clásicos del debate en cuestión. En la segunda visitaremos críticamente algunos de los esfuerzos dentro de los principales paradigmas contemporáneos de los movimientos sociales. Allí, presentaremos la teoría de la Movilización de Recursos (y su continuación en el enfoque del Proceso Político), el paradigma orientado a la Identidad y las teorías sobre los “Nuevos Movimientos Sociales”. Finalmente revisaremos algunas claves para la conceptualización y el abordaje de los movimientos sociales en América Latina.

LA CUESTIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA CLÁSICA

Son muchos los antecedentes que pueden rastrearse en los debates actuales sobre los movimientos sociales. Para contemporáneos de diversas corrientes (Raschke, 1994; Tarrow, 1994), los primeros que se ocuparon de lo que hoy identificaríamos como asuntos teóricos vinculados a los movimientos sociales fueron Marx y Engels. En una perspectiva clásica, el marxismo planteó problemas que hoy denominamos de acción colectiva centrandó su atención en los procesos de conformación de actores colectivos (las clases) y su accionar (las luchas). De este modo el marxismo produjo una multiplicidad de trabajos sobre la conformación de los sujetos y las características del conflicto social tanto en ámbitos académicos como políticos.

Desde una tradición totalmente diferente surgieron otras respuestas e interpretaciones de los fenómenos de conflicto y movilización social. Enfoques como las teorías sobre la sociedad de masas, por ejemplo, tuvieron notable éxito en el período de la entreguerra y pusieron en el centro del debate las características de los participantes en las acciones de protesta. Dando cuenta de las influencias de reflexiones psicosociológicas como las de Gustave Le Bon y Gabriel Tarde, aunque también del propio Sigmund Freud, estas teorías se orientaron a un análisis de los grupos a partir de categorías vinculadas a la personalidad y con elementos de la psicología dejando de lado aspectos sociológicos. Este tipo de explicación, en general, propuso una reducción de los fenómenos sociales a casos de irracionalidad producida por sugestión y contagio a partir de una exacerbación

de los sentimientos (Le Bon, 1895) que a pesar de su heterogeneidad las masas compartían y potenciaban (Ortega y Gasset, 1930), y que producían una disposición a actuar fuera de las normas y reglas².

El funcionalismo, por su parte, también dio respuestas al problema de la acción y la movilización. Especialmente, retomando el papel de las normas pero alejándose de tentativas psicologistas para orientarse al estudio de las tensiones estructurales. Por un lado, distingue el comportamiento institucional, normal o convencional expresado en forma de grupos de presión o de interés. Por otro, el comportamiento colectivo anormal, no institucional, que se origina en la ruptura del orden, los mecanismos de control social o de la estructura normativa. Este quiebre se produce por las transformaciones rápidas en la sociedad en el período de la modernización con el advenimiento de sociedades más complejas. En este segundo caso la acción colectiva no está guiada por las normas sociales existentes sino que surge frente a situaciones especiales. Parsons y Merton han sido, con matices, exponentes de estas corrientes.

Neil Smelser (1963), en una perspectiva similar, elaboró una teoría del comportamiento colectivo donde busca dar cuenta de la acción colectiva no institucionalizada orientada a resolver una tensión estructural. Con todo, la tesitura epistemológica sigue anclada en la acción colectiva como un acontecimiento excepcional que tiene la función de restablecer un orden alterado, la cual debe ser explicada a partir de las reacciones individuales. Es decir, la acción colectiva está en estrecha relación al orden social, especialmente cuando se manifiesta un defasaje entre las expectativas introyectadas por los sujetos y la ordenación social. Esta corriente se concentra en identificar aspectos en las estructuras sociales que explican la acción de los hombres. Las acciones son entendidas como emergentes en espacios no estructurados o frente a las fallas de las normas sociales encargadas de regular el comportamiento social. Las acciones colectivas, entonces, serían la manifestación de un colapso de las formas de integración normativa de las sociedades.

² También los trabajos de Hannah Arendt y Teodoro Adorno indagan en esta dirección aunque desde una perspectiva filosófica diferente.

Frente a estas situaciones, los individuos se ven frustrados y descontentos, por lo tanto, motivados para participar en acciones colectivas.

LA LÓGICA DE LA ACCIÓN COLECTIVA: HACIA EL INDIVIDUALISMO METODOLÓGICO

Un giro relevante se produjo a partir de la utilización de las consideraciones que hiciera Mancur Olson (1965) sobre la producción de bienes públicos. Esto conllevó a abandonar la clase o el grupo como unidad de análisis pero también las tensiones en la estructura social. La atención se situó en la racionalidad individual y los problemas de cómo es posible la acción colectiva por parte de individuos autointeresados. De allí la influencia del individualismo metodológico. Olson se propuso analizar la posibilidad de la acción colectiva a partir de los presupuestos de la economía neoclásica. Es decir, supone la existencia de individuos que persiguen sus propios intereses y que se encuentran con problemas para la acción colectiva porque necesitan de un bien que no pueden suministrarse solos. Tal vez el más conocido de estos dilemas que ha presentado este autor sea el famoso *free rider*, es decir, aquel actor racional que calcula costos de involucrarse en la acción colectiva y decide no realizar esfuerzos que exige la acción y, aprovechándose de la acción de los otros, obtener los beneficios (en especial cuando son bienes públicos)³. El modelo olsoniano, si bien no excluye motivaciones variables, pone el acento en las propias del individuo (sus preferencias, su información y sus cálculos de costos-beneficios de participar), con lo que se acerca más a explicar las conductas de los individuos en grupos de interés o asociaciones económicas que a desentrañar las complejidades de los movimientos sociales propiamente dichos.⁴ Sin embargo, los escritos de Olson son relevantes puesto que sirvieron como soporte metodológico para una de las principales corrientes de investigación sobre los movimientos sociales, especialmente en Estados Unidos.

LAS PERSPECTIVAS CONTEMPORÁNEAS

³ Para una explicación del “Dilema del Prisionero” y sus consecuencias para la acción colectiva puede consultarse: Elster (1993).

⁴ El debate sobre la pertinencia del individualismo metodológico y la teoría de la elección racional para las ciencias sociales en general y el estudio de los movimientos sociales en particular, ha generado un amplio debate del que no podemos dar cuenta aquí. Para ver una crítica a la utilización de categorías olsonianas Pizzorno (1988 y 1994), De la Garza (2005), mientras que las obras de Jon Elster, indudables aportes al debate, se van desplazando de una defensa (1989) al desencanto con esta perspectiva teórica (2000).

En la década del sesenta, el auge de las movilizaciones estudiantiles, feministas, pacifistas y ecologistas hizo evidente las limitaciones conceptuales de los esquemas analíticos por entonces vigentes para explicar estas protestas que no tenían un carácter estrictamente de clase y tampoco un carácter irracional, sino que estaban protagonizadas por grupos definidos y dirigidos a espacios específicos y se desarrollaban en el marco de sociedades civiles consolidadas. Esta situación de cierto desconcierto intelectual motivó la emergencia de dos grandes corrientes teóricas cuya influencia llega hasta nuestros días: por un lado, la Teoría de la Movilización de Recursos (TMR), que pone el acento del análisis sobre los componentes racionales y estratégicos de fenómenos que eran considerados por los anteriores paradigmas como irracionales. Por otro lado, se realizaron estudios enfocados a los nuevos conflictos e identidades puestos en juego en los procesos de movilización. Éstos construyeron su análisis sobre las orientaciones de los grupos a través de sus acciones para obtener autonomía, reconocimiento y afianzar un proceso identitario en sociedades que se volvían más complejas. En un estudio ya clásico, Jean Cohen (1985) distingue estos trabajos refiriéndose como centrados en la estrategia los primeros, y orientados a la identidad los segundos.

DE LA TEORÍA DE MOVILIZACIÓN DE RECURSOS AL ENFOQUE DEL PROCESO POLÍTICO.

Como respuestas a los enfoques funcionalistas, estructuralistas y marxistas surgieron, especialmente en Estados Unidos, estudios que buscaron explicar las acciones colectivas desde el supuesto del carácter racional e instrumental de las acciones, basándose en los postulados del individualismo metodológico esbozado por Olson. En consecuencia, el problema principal de la teoría se situó en explicar la participación de los individuos en las movilizaciones que estaban orientadas a cambiar alguna situación social particular. Para McCarthy y Zald, autores pioneros en este paradigma, un movimiento social es un “conjunto de opiniones y creencias en una población la cual representa preferencias para cambiar algunos elementos de la estructura social y/o de la distribución de recompensas en una sociedad” (1977: 1218). Ahora bien, la pregunta que sigue quedando abierta es, precisamente, cómo se conforma esta estructura de creencias (en otras palabras cómo se forma un movimiento social), algo que a su vez supone dar cuenta de los problemas de acción colectiva planteados por Olson.

El giro epistemológico alejó a estos autores pioneros de la centralidad de los cambios que producían mayores tensiones en la sociedad y los enfocó hacia una perspectiva racionalista, centrada en las dinámicas internas de los movimientos, en los recursos, las organizaciones y el juego estratégico de los individuos que deciden actuar colectivamente. Ello tuvo consecuencias metodológicas puesto que se abandonaba el agravio y las tensiones sociales como variable explicativa para concentrarse en aspectos pretendidamente objetivos como los recursos y las organizaciones. Al sostener que en las sociedades podemos encontrar niveles de agravios constantes, la variable explicativa se encontró en la existencia de grupos organizados que pueden apropiarse y movilizar recursos para obtener la acción colectiva. Si “La elaboración de la crisis presupone la existencia de grupos organizados con recursos” (Jenkins, 1994: 12), entonces es allí donde hay que enfocar la mirada. Los factores estructurales que habían sido privilegiados por las explicaciones estructural-funcionalistas fueron abandonados en favor de una concentración en los recursos que poseen los actores para actuar en determinada ocasión, a partir de un cálculo de costos y beneficios.

El problema de la movilización social, entonces, es construido en torno a la pregunta ¿cómo es posible que individuos autointeresados, maximizadores, que se valen de sus cálculos de recursos y oportunidades para decidir su participación en la acción en un juego estratégico, se decidan a actuar colectivamente en aras de cambiar algo de la sociedad? En otras palabras, ¿cómo es posible superar el problema del *free rider* que pondría en jaque la obtención de la acción colectiva? Mc Carthy y Zald (1977) sugieren que para resolver el problema es necesario hacer especial hincapié en los incentivos colectivos y los recursos que los organizadores pueden disponer para obtener el resultado de la acción colectiva. Los incentivos colectivos son mecanismos de premios y castigos (materiales o simbólicos) que refuerzan la participación. Por su parte, entre los recursos que juegan papeles importantes podemos mencionar: tiempo, dinero, profesionalización, medios de comunicación, liderazgos, los cuales son utilizados para mejorar el juego estratégico y lograr que los individuos se decidan a participar en tanto calculan que el éxito (la satisfacción de sus preferencias) es posible. Pero además se introduce una segunda variable que se vincula a las estructuras organizativas de los grupos preexistentes a la acción. Los incipientes desarrollos de la Teoría de la Movilización de Recursos

produjeron una expansión de trabajos empíricos –muchos de ellos comparativos- sobre diferentes movimientos sociales, algunos de los cuales pueden considerarse con mayor precisión grupos corporativos de interés o de presión.

En esta misma perspectiva algunos autores vieron la necesidad de incorporar nuevas variables para complementar la atención prestada a los recursos y las organizaciones del movimiento. Autores como Tarrow, Mc Adam y Tilly buscaron ampliar el horizonte analítico para incorporar variables del contexto político (e incluso cultural) para el estudio de los movimientos sociales dando lugar a estudios enfocados en el “proceso político”. El análisis del proceso político en el cual se encuentra inmerso un fenómeno de acción colectiva originó una serie de trabajos que buscaron determinar condiciones políticas para la emergencia del movimiento social, y que los llevó a conceptos relevantes como “estructura de oportunidades políticas”, “ciclo de protesta” (Tarrow, 1991 y 1994) y “repertorio de acción” (Tilly, 1978).

Esto supone, según Laraña (1999), una ampliación de la variable independiente para situarla en el contexto político en el que se desarrolla la acción, en lugar de acotarla a los recursos. Los autores que se agrupan en el enfoque del “proceso político”, si bien asumen la necesidad de explicar las acciones colectivas en términos de conductas individuales, relajan la óptica individualista propuesta por Olson para incorporar al análisis aspectos como la integración, la solidaridad y los valores como variables explicativas de los movimientos sociales. Básicamente, el paradigma sitúa la explicación de la emergencia de los movimientos sociales en una conjunción de factores internos (recursos, organización, dinero, tiempo) y variables externas como son las oportunidades dadas por el contexto político en que se desarrolla la acción.

A partir de allí emergen una serie de problemas, conceptos y categorías que han consolidado al paradigma como dominante en las ciencias sociales norteamericanas. En gran medida estos autores han tratado de elaborar conceptos operacionales para hacer investigación social. La preocupación por los contextos políticos en los que se desarrolla la acción y su influencia en las dinámicas de la acción colectiva, llevó a una especial

atención por los factores estructurales e institucionales del sistema político. En esta perspectiva, Eisinger (1973) propuso el concepto de “estructura de oportunidades políticas” para referirse a las condiciones de un sistema político particular que facilita la acción colectiva. El concepto fue ampliamente adoptado y autores como Tarrow lo popularizaron debido a su potencialidad para incorporar nuevamente en el análisis los aspectos de las estructuras sociales, el Estado, los otros grupos organizados (posibles aliados, divisiones en las elites), las crisis económicas, y demás factores relevantes para explicar la acción colectiva. En consecuencia se ajusta la mirada para avanzar en la explicación de la acción colectiva considerando que “la gente se suma a los movimientos sociales como respuestas a las oportunidades políticas, y a continuación crea otras nuevas a través de la acción colectiva. Como resultado el ‘cuándo’ de la puesta en marcha del movimiento social –cuándo se abren las oportunidades políticas- explica en gran medida el ‘¿por qué?’” (Tarrow, 1997: 49). Esto produjo la reintroducción de los aspectos estructurales, en análisis de las sociedades concretas en las que ocurren las acciones, sus regímenes políticos, estatales y económicos, así como su historia y sus tradiciones.

Tarrow reparó en la importancia de las variables del sistema político, sin embargo el contenido de muchos de los movimientos sociales contemporáneos parece vincularse fuertemente a un plano cultural aunque operen sobre el sistema político y constituyan allí su campo de conflicto. En esta línea, dentro de la misma corriente, surgieron trabajos que buscan identificar una ventana de oportunidades para la acción colectiva, así Doug McAdam (1994) refiere la importancia de investigar también las oportunidades culturales. El propósito de introducir aspectos culturales es incorporar la dimensión simbólica, la cual es crucial en aspectos como la elaboración de una demanda y la legitimación de los movimientos sociales que instalan en el espacio público la tensión entre valores socialmente aceptados o considerados como valiosos y situaciones específicas de violación de los mismos. Así, frente al creciente sesgo estructuralista que reconoce McAdam en los estudios sobre movimientos sociales en Estados Unidos, su propuesta es incorporar variables culturales en la explicación de la emergencia de los movimientos sociales, particularmente la capacidad de articular los discursos y las reivindicaciones de los movimientos con tradiciones simbólicas compartidas.

El concepto de “Estructura de Oportunidades” ha sido utilizado por innumerables trabajos empíricos porque ofrece una matriz para analizar cuándo la gente se decide a actuar colectivamente. No obstante, es necesario considerar que las estructuras de oportunidades no son cerradas en tanto que los propios sujetos con su accionar las modifican para sus propias acciones futuras y para la actividad de otros grupos. De esta manera se vuelve imprescindible pensar nuevamente la relación entre estructura y acción de manera tal de salir de un plano que explica la acción a partir de la determinación de las estructuras. Esto es así porque, como el propio Mc Adam reconoce, resulta difícil distinguir entre cambios objetivos en la estructura y la construcción social de significados que provocan que una situación sea subjetivamente interpretada como oportunidad. (McAdam, 1994: 47). En este camino se reconoce la importancia de dimensiones históricas, subjetivas y culturales que no siempre la teoría puede incorporar sin poner en tensión sus propios supuestos. Por ejemplo, se ha reparado en la necesidad de incorporar esferas analíticas vinculadas a la cultura (Swidler, 1995) para comprender los movimientos sociales, pero sólo se lo ha realizado desde una versión acotada como caja de herramientas rituales, simbólicas e históricas que son importantes para la elaboración de las estrategias de acción (Klandermans y Johnston, 1995). En definitiva, muchas veces en este paradigma la dimensión cultural e identitaria queda reducida a un recurso que mejora el juego estratégico haciendo más probable la acción colectiva.

En síntesis, la incorporación del papel de los recursos para la acción colectiva que postula la Teoría de la Movilización de Recursos ilumina una parte del problema pero desatiende otros. Es concebible que los recursos faciliten la acción, sin embargo, el problema es que la existencia de recursos no genera acción colectiva. Los recursos son una construcción (se puede tener herramientas pero no saber como utilizarlas, porque no tienen significado). Por su parte, además de los recursos materiales (como el dinero, espacios para reuniones o transporte que pueden ser puestos al servicio de la movilización), existen otros recursos como el conocimiento técnico, la experiencia política, los mitos y los imaginarios que son menos visibles pero se constituyen en fundamentales para el éxito de la movilización. Ambos “recursos” deben ser situados en contextos de movilización y de movimientos particulares que pueden incorporarlos mediante su

resignificación subjetiva. Esto nos alejaría de una visión del recurso como un elemento para el juego estratégico y nos situaría en la pregunta por cómo los movimientos sociales reconstruyen y dan sentido (construyen) determinados recursos. Tampoco la existencia de “oportunidades” por sí misma puede explicar la emergencia de los movimientos sociales en tanto las mismas requieren de una reconstrucción subjetiva por parte de los sujetos que atribuyen a una situación particular el carácter de oportunidad.

MOVIMIENTOS SOCIALES: ACCIÓN E IDENTIDAD

El problema de la emergencia de los movimientos sociales, su constitución, transformación y disposición para la acción colectiva ha sido abordado desde el paradigma de la identidad por autores como Alain Touraine y Alberto Melucci. Touraine a partir de su “Sociología de la acción” (1969) ofreció una base para adoptar una nueva dirección en los estudios de los movimientos incorporando aspectos ligados a los actores sociales y el conflicto por las orientaciones de las sociedades industriales avanzadas. En tal sentido, el autor francés considera que la crisis de la modernidad conlleva una multiplicidad de las esferas del conflicto que producen, a su vez, la emergencia de nuevos sujetos y actores que necesitan ser investigados en una nueva configuración teórica que abandone la explicación meramente sistémica pero también exclusivamente individual para dar lugar al retorno de un actor en referencia al sistema (Touraine, 1987: 17).

En esta perspectiva, el concepto de movimientos sociales es clave para dar cuenta de los conflictos producidos sobre las tensiones de las sociedades modernas que abren disputas por la historicidad⁵ dentro del sistema de acción histórica. Sobre el conflicto se erige la concepción de movimientos sociales de Touraine como un antagonismo entre dos actores que comparten un campo cultural y disputan por el control de recursos y por un proyecto de sociedad. La herencia de Marx allí es evidente en lo que refiere a la identificación de relaciones de dominación, pero también la presencia de Weber al reconocer el papel de los valores en la acción (Touraine, 1978; Bolos, 1999). El conflicto social de las sociedades contemporáneas moviliza a actores que invocan ciertos valores (puesto que

⁵ Touraine define historicidad como “el conjunto de modelos culturales, cognoscitivos, económicos, éticos y estéticos con los cuales una colectividad construye sus relaciones con el medio” (1987:67).

cohabitan un campo cultural) y disputan por la historicidad de las sociedades: “el movimiento societal defiende un modo de uso social de valores morales en oposición al que sostiene y trata de imponer su adversario social” (Touraine 1997a: 104).

A pesar de los cambios que introduce desde sus primeros trabajos (mucho más ligados al marxismo), Touraine nunca abandona la dimensión del conflicto como constituyente del orden social y ámbito para la aparición de los movimientos sociales. Sin embargo, su concepción ha ido virando desde una defensa del conflicto de clase como primario e ineludible en sus primeros trabajos (Touraine, 1987: 99), hasta admitir que el conflicto central de una sociedad puede adquirir diferentes formas aunque siempre exista un conflicto vertebral (Touraine, 1997a: 99). En esas sociedades contemporáneas (vale aclarar, en los países centrales⁶) los movimientos sociales operan en un campo de tensión entre la disociación de dos espacios: el poder del mercado y los poderes comunitarios. En esta perspectiva, para que exista un movimiento social son necesarios tres elementos: un proceso de identidad, un conflicto (con un consecuente adversario) y una pugna por la totalidad, esto es, por el control de la historicidad. Touraine (1997a) identifica, a su vez, tres tipos de movimientos sociales según el tipo de conflicto y la orientación que éstos adquieren: los Movimientos Históricos, que buscan controlar el cambio de una sociedad a otra; los Movimientos Culturales, que pugnan por la transformación de aspectos culturales (valores), y los Movimientos Sociales propiamente dichos o Movimientos Societales, que buscan el control de la historicidad. Tal distinción es analítica y las movilizaciones sociales pueden combinar rasgos históricos, culturales y societales.

Por otra parte, Touraine ha dedicado esfuerzos para comprender los fenómenos de movilización política en América Latina, interrogándose así sobre la existencia de movimientos sociales en la región. “¿Es América Latina una tierra de movimientos sociales? La respuesta, dada primero en una forma contundente, es no. El continente se caracteriza por un déficit de movimientos sociales y, más ampliamente, de actores sociales” (Touraine, 1997b: 6). Ello no quiere decir que no existan movimientos en

⁶ Nos referimos a los países industrializados, con economías capitalistas y democracias liberales consolidadas.

América Latina, sino que su fuerza autónoma ha sido históricamente débil frente a procesos nacional-populares que tendieron a ampliar los sectores dependientes del Estado. Además, la influencia de los movimientos antiimperialistas y armados en sociedades civiles no autónomas ni bien definidas, alteraron las condiciones políticas en que se producen los movimientos sociales. Para Touraine, luego de una etapa dominada por los regímenes nacional-populares que dificultaba la emergencia de movimientos sociales autónomos, la progresiva diferenciación de las sociedades latinoamericanas le permite decir al sociólogo francés “Está saliendo el continente de la prehistoria de los movimientos sociales” (1997b: 9). La concepción de los movimientos desde categorías universales, que se aplican a diferentes particularidades regionales, culturales e históricas dificulta observar analíticamente las singularidades de los movimientos sociales en la región. Muchas de las aportaciones de Touraine son indudablemente valiosas, no obstante las características propias de las experiencias de movilización social en América Latina hacen necesario un esfuerzo para **reconceptualizarlos** y evitar subsumirlos a tipologías que poco aportan a su cabal comprensión.

EL MOVIMIENTO SOCIAL COMO “SISTEMA DE ACCIÓN MULTIPOLAR”

La empresa teórica de Melucci parte de retomar algunas de las limitaciones de los enfoques que ponen el acento en las tensiones en las nuevas sociedades o que sitúan en los recursos la explicación (Bolos, 1999). Melucci se interroga sobre la pertinencia del concepto de movimientos sociales (y de Nuevos Movimientos Sociales) para dar cuenta de procesos de acción colectiva contemporáneos⁷. De esta manera, cuestiona la óptica funcionalista por haberse centrado en el “por qué” los grupos se movilizan pero al precio de descuidar el “cómo” lo hacen. Su apuesta es entonces recuperar el proceso de movilización (el cómo) para indagar las causas y efectos de la acción (el por qué).

El autor propone una definición analítica de movimiento social “como forma de acción colectiva que abarca las siguientes dimensiones: a) basada en solidaridad, b) que

⁷ La preocupación central de Melucci ha sido por los movimientos sociales de los países centrales, sin embargo su enfoque ha sido utilizado para construir explicaciones de las movilizaciones en América Latina. Por otra parte, él mismo ha intentado realizar mediaciones para la adopción de su teoría en países del Tercer Mundo (Cfr. Melucci, 1999, especialmente la introducción del autor a la edición en español).

desarrolla un conflicto y c) que rompe los límites del sistema en que ocurre la acción.” (1999: 46). La concepción del movimiento social como un sistema de acción introduce una distinción con aquéllas que confunden movimiento con un actor colectivo empírico movilizado (Raschke, 1994: 124). De acuerdo a Melucci, lo distintivo del movimiento social es que consiste en un tipo de acción colectiva que se diferencia de otras (como, por ejemplo, los ataques de pánico) puesto que supone una integración sostenida en el tiempo (solidaridad e identidad) que pone en cuestión al sistema en que se desarrolla la acción.

Para Melucci los movimientos sociales surgen como respuestas a la crisis de sentido provocada por el advenimiento de las sociedades con alta densidad de información. En consecuencia, es preciso poner atención a estas crisis y los intentos colectivos por restituir ese horizonte (Revilla Blanco, 1994). La atención a las relaciones sociales que los individuos establecen y donde construyen identidades, sentidos compartidos y solidaridad se torna, así, fundamental para comprender los procesos de movilización social y acción colectiva. En esta perspectiva, Melucci ha puesto especial atención en las dimensiones pertinentes para la investigación de los movimientos, destacando allí la importancia de las redes sumergidas en la vida cotidiana que es el lugar donde se construyen los sentidos colectivos (Melucci, 1999). Las redes sociales de la vida cotidiana son previas y de algún modo “prepolíticas” y hacen de estructura tejido o condiciones de posibilidad del movimiento en tanto aportan recursos materiales y simbólicos para la acción. También nutren de experiencias históricas que se constituyen en soportes de procesos de identidad. El entramado social previo provee a los actores una serie de redes de comunicación y relaciones con otros actores, sujetos y organizaciones que facilitan la construcción de un sistema de acción.

Melucci centra su atención en aspectos de la identidad debido a que muchos de los movimientos sociales tienen el campo identitario como espacio de construcción. De este modo intenta superar ciertas limitaciones de otros paradigmas preocupados por los cálculos de actores racionales al incluir la solidaridad y el compromiso emocional. La atención a los procesos de construcción de un nosotros, de una identidad colectiva y las

transformaciones que en estos terrenos se producen con el transcurrir de las experiencias colectivas son algunos de los ángulos que ilumina el trabajo de Melucci.

ESTADO DE BIENESTAR, GOVERNABILIDAD Y NUEVOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Las concepciones de Claus Offe (1985) sobre la emergencia de nuevos movimientos sociales constituyen una aproximación particular a los procesos políticos europeos de la década del setenta. Su reflexión indaga en las nuevas formas de participación política en las democracias occidentales, específicamente en la aparición de los nuevos movimientos sociales como respuesta a la crisis de gobernabilidad del Estado de bienestar europeo (Offe, 1989). Para Offe los movimientos sociales se encuentran asociados al incremento de la politización de la sociedad civil y la agudización de las tensiones entre la democracia liberal (y el sistema de partidos), por un lado, y el Estado de Bienestar de corte keynesiano, por el otro. Esta contradicción conduce a la crisis de gobernabilidad de las democracias liberales occidentales en los países centrales a partir de los años setentas. A su vez, esta crisis, para Offe, presenta dos caminos de interpretación y resolución. Por un lado el proyecto conservador (Crozier, Huntington y Watanuki, 1975) plasmado en el informe de la Comisión Trialateral, que propone la retirada del Estado de la regulación o intervención en espacios que se definen como no-políticos, básicamente el mercado (Offe, 1985: 815-817). Por otro, el proyecto basado en los Nuevos Movimientos Sociales que apuesta a la reactivación de la participación ciudadana en la esfera de la sociedad civil, especialmente en espacios no institucionalizados y “cuya existencia no está prevista en las doctrinas ni en la práctica de la democracia liberal y del Estado de Bienestar” (Offe 1988: 174). La no-institucionalización de las nuevas forma de hacer política, para Offe, lejos de ser un círculo vicioso y destructivo, puede brindar las condiciones para la apertura de la participación de la ciudadanía a partir de una redefinición de los límites de la política y de la dicotomía público-privado tal como la entiende el liberalismo.

La adopción de demandas no contempladas y acciones políticas no institucionalizadas constituyen la razón de ser de los movimientos sociales que buscan comunicar los reclamos de los grupos para ser resueltas por el sistema político. Offe se refiere a los movimientos ecologistas, los en defensa de los derechos humanos (feministas entre

ellos), los movimientos pacifistas y aquéllos que promueven formas de producción comunitarias alternativas de bienes y servicios. Estos movimientos sociales significan una redefinición de la participación política por fuera de las formas institucionalizadas (partidos de masas) de manera tal de contener la “sobrecarga” de la democracia, haciendo a los grupos movilizados interlocutores legítimos en el sistema democrático.

Las reflexiones de Offe tienen un centro de interés en los problemas que afrontaban los países centrales en la década del setenta, vinculados a un proceso de racionalidad técnica y control social que –como buen heredero de la tradición frankfurtiana- el autor cuestiona y al que los nuevos movimientos sociales enfrentaron a partir de defender un proyecto de autonomía e identidad (Offe, 1988). En este punto toma contacto con la preocupación de Habermas (1989) sobre la colonización del mundo de la vida por la racionalidad instrumental. Habermas concibe a los movimientos sociales en el marco de su teoría de la esfera pública (1982), allí el potencial de éstos radica en que pueden proponer un proceso de racionalización de las demandas en el seno de la sociedad civil, a la vez que exigir al sistema político su incorporación produciendo, de esta manera, una mayor democratización. Este proceso fue identificado también por Niklas Luhmann, quien considera que los “movimientos sociales de protesta”⁸ se ubican en la periferia del sistema político y son encargados de transmitir (“irritando” o “buscando resonancia”) preocupaciones para que sea el sistema político el que las resuelva. Es decir, no hay, propiamente, una dirección no institucionalizada de los movimientos, sino que están destinados a influir en la agenda de temas que son tratados por el sistema político, el cual los aborda desde su propia lógica de funcionamiento. Esto implica que los movimientos de protesta no se hacen cargo del problema que tematizan y presentan tanto a la opinión pública como al sistema político. Allí radicaría el carácter de “nuevos” de estos movimientos, los cuales a diferencia de los “viejos”, no buscan hacerse cargo de los problemas y la dirección de un proceso social, a favor de un proyecto “radicalismo autolimitado” (Cohen y Arato, 2000: 557) donde se reconoce la independencia de los

⁸ Ante la imposibilidad de delimitar el concepto de “nuevos movimientos sociales”, Luhmann prefiere concentrarse en los “movimientos de protesta” (Luhmann, 1998; Torres Nafarrate, 2004)

subsistemas y la acción política tiene como uno de sus objetivos centrales la defensa y la democratización de la sociedad civil.

EL ESTUDIO DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA

Siempre que existieron fenómenos de protesta social, de algún u otro modo, más o menos sistemáticamente, se ofrecieron interpretaciones a tales movilizaciones. Las ocurridas en América Latina no fueron la excepción. En este sentido la reflexión sobre las movilizaciones colectivas populares ocupó una gran parte de los esfuerzos de la teoría social latinoamericana. En la perspectiva clásica los enfoques dominantes estuvieron vinculados al funcionalismo⁹ y al marxismo.¹⁰ Los movimientos nacional-populares recibieron interpretaciones en el marco de estas corrientes de pensamiento que por lo general no subsumieron a las categorías propias de sus paradigmas como populismo, bonapartismo y nacionalismo.

No obstante hacia los años ochenta se introdujeron las categorías elaboradas por los paradigmas centrados en los movimientos sociales. Esta incorporación a la agenda de temas de las ciencias sociales latinoamericanas se produjo diacrónicamente a su utilización en los países centrales y en un contexto particular tanto en lo teórico como en lo histórico. En lo teórico, el panorama en la región estaba dominado por la crisis de los paradigmas críticos, especialmente el marxismo y la teoría de la dependencia; mientras que el contexto histórico de la región estaba signado por las llamadas “transiciones” a la democracia. En este clima intelectual las teorías de los movimientos sociales fueron “aplicadas” en contextos que muchas veces no tenían nada en común con aquéllos que originaron las reflexiones teóricas (Calderón, 1986). Esto produjo muchas limitaciones al pensar con esquemas que no estaban adecuados a las experiencias colectivas históricas de América Latina (movimientos armados, nacional-populares, campesinos, indígenas), a sus contextos económicos y culturales o los regímenes autoritarios o dictatoriales que padecían muchos de los países. Estos equívocos teóricos y epistemológicos sobre el

⁹ Para una revisión de las tesis de Germani en relación con los movimientos sociales latinoamericanos puede consultarse Cisneros Sosa (2001).

¹⁰ Es posible encontrar excepciones, como la de José Carlos Mariátegui por ejemplo, que desde el marxismo intentó pensar las características propias de la realidad peruana.

modo de abordar el problema de la movilización social fueron patentes evidencias de las debilidades del pensamiento eurocéntrico para comprender estos problemas y constituyen una prueba de la colonialidad del saber (Lander, 1993).

En este marco y frente a una forma de construcción epistemológica de los problemas sociales y políticos de América Latina que hacía invisible como campo de análisis a los movimientos sociales, a principios de los años ochentas florecieron diversos proyectos colectivos impulsados por centros de pensamiento (CLACSO, FLACSO) para estudiar a los movimientos sociales.¹¹ En este espacio surgieron los primeros congresos, coloquios y jornadas que dieron lugar a compilaciones sobre el tema. Por entonces, la influencia de autores como Melucci y su preocupación por las formas de acción y las redes que sustentan las acciones colectivas era presentada en el subcontinente por autores como Fernando Calderón, especialmente retomando la idea de observar los procesos de construcción de la acción. Sin embargo, el propio Calderón tempranamente acierta con una pregunta clave “¿es posible acercarse a los movimientos sociales latinoamericanos con categorías elaboradas por teóricos para responder problemas suscitados en otras partes del mundo?” (Calderón 1986: 335). La respuesta tal vez no es unívoca y dependerá de la apropiación que de los diversos aportes teóricos pueda hacerse en función de los problemas de investigación planteados. En parte, algunos esfuerzos por pensar los avatares políticos y sociales en el subcontinente se plasmaron en las teorías sobre las transiciones que incluían una pregunta por el lugar de las sociedades civiles y, allí, de los movimientos sociales.

Hacia finales de la década del ochenta y principios del noventa en un contexto marcado por el avance del neoliberalismo y sus reformas, emergieron fenómenos de movilización social multifacéticos que alimentaron una **enorme** cantidad de trabajos sobre los movimientos sociales. Esta vez ya no vinculados al problema de la transición

¹¹ Esto no significa que no hayan existido esfuerzos por comprender las movilizaciones colectivas en la región, particularmente el movimiento obrero y el campesino. Sin embargo, como campo autónomo de estudio los movimientos sociales se constituyeron recién hacia comienzos de los ochentas. Entre las principales obras conjuntas caben destacar la compilada por Calderón (1986), Calderón y Jelin (1987), Calderón y Dos Santos (1987), Camacho y Menjivar (1989).

democrática, sino como intentos de dar cuenta de los conflictos en el nuevo orden neoliberal. Las protestas sociales en Venezuela (Caracazo de 1989), el levantamiento zapatista de 1994, las movilizaciones campesinas en Brasil, indígenas y obreras en Bolivia, de desocupados en Argentina, son tan sólo algunas de las experiencias de acción colectiva en un nuevo contexto social. Asimismo la realización de encuentros como el Foro Social Mundial cruzó las emergencias nacionales con luchas de dimensiones globales como las altermundistas, las ecologistas y las perspectivas de género.

En América Latina, muchas de las luchas sociales –como las venas- persisten abiertas y los esfuerzos por comprenderlas no tienen sólo una motivación académica sino que se involucran en las posibilidades de transitar hacia órdenes sociales más justos. En este aspecto el abordaje de los asuntos concernientes a las protestas sociales exige tanto la atención a los desarrollos teóricos a los que hicimos referencia como a innovaciones que promuevan puntos de vista heurísticos para avanzar en la temática. En cualquier caso el análisis exhaustivo de la historicidad de los órdenes sociales y la historia de los sujetos sociales que disputan por la conformación de la sociedad, es clave para un adecuado avance en la comprensión de los fenómenos particulares convertidos en objeto de estudio.

REFLEXIONES FINALES

Hemos revisado a lo largo de este capítulo diferentes perspectivas, teorías y paradigmas para el estudio de los movimientos sociales. En este punto es necesario destacar que han sido varios los intentos de diálogo entre los diferentes enfoques, especialmente entre las tradiciones continentales y la norteamericana. Los propios autores citados (Tarrow, Tilly, Melucci, Pizzorno) han procurado una síntesis que permita atender tanto al plano estratégico de los movimientos como a su faz identitaria, además de otros autores preocupados en el tema (Munck, 1995). Conciliar distintos enfoques, sintéticamente, no puede realizarse desde una sumatoria de los aportes, puestos que parten de supuestos ontológicos y epistemológicos disímiles. Incluso los esfuerzos por incorporar desde el paradigma de la identidad los aportes de las teorías orientadas a la estrategia han acabado por sesgar el aporte de la primera al vincular identidad con definición de preferencias y el

accionar estratégico. Quizás más que una búsqueda de síntesis es necesario rearticular los aportes, disímiles por cierto, de los enfoques a partir de una configuración teórica superadora y pertinente para los fines específicos que las investigaciones plantean.

Es evidente que el lector que ha llegado hasta aquí buscando una definición acabada de los que son los movimientos sociales se llevará una decepción. La mayoría de los conceptos de las ciencias sociales son categorías que adquieren determinado significado en relación con las perspectivas teóricas y de investigación en la que se insertan. Es estéril batallar en la búsqueda de la definición acabada de ese objeto esquivo “movimientos sociales”, básicamente porque no existe como tal, sino como una construcción metodológica particular, la cual dependerá de la posición del investigador, el problema a indagar que plantee, sus convicciones, sus intereses, sus búsquedas, sus angustias y sus valores. Una definición acabada de los movimientos sociales tendría, sospechamos, el mismo problema que el mapa del Imperio al que hicimos referencia al inicio, sería tan perfecta como inútil.

Por lo anterior, en lugar de proponer una definición de lo que son los movimientos sociales, procuraremos identificar brevemente algunos ámbitos abiertos al debate en los cuales cualquier interesado en el tema puede indagar y que se agregan a los mencionados a lo largo del presente trabajo. El primero es la atención a las demandas sociales en la conformación de los movimientos. Esto ayudaría a identificar las relaciones sociales que los diferentes sujetos identifican como injustas y las que originan sus acciones. El segundo es el lugar de las subjetividades colectivas y los sujetos sociales como construcciones que elaboran demandas y se reconfiguran en el proceso mismo de acción y movilización. El tercero, que se deriva del anterior, supone abordar los procesos de construcción de identidades colectivas, donde las formas tradicionales se entrecruzan con nuevos ámbitos de identificación y reconocimiento relevantes para el estudio de las movilizaciones. El cuarto se sitúa en la pregunta por los modos de la acción colectiva contemporánea, las experiencias de la protesta y los repertorios empleados en la contienda por los actores sociales. El quinto, finalmente, tiene que ver con el impacto de las movilizaciones sociales en el plano institucional, es decir el efecto que las protestas

han tenido en la organización de cada una de las sociedades, sus alcances y limitaciones para obtener respuestas a las demandas.

Quisiéramos terminar este capítulo con una última reflexión a modo de corolario. Pensar que los órdenes sociales contemporáneos son producciones históricas, que no hay una naturaleza última que los fundamente y que son, en definitiva, las formas de organización que los hombres se han dado para vivir, hace que el conflicto y el poder estén siempre presentes en la sociedad. La erradicación del conflicto es también la aniquilación de la política y la libertad de los hombres para construir otras formas de organización social diferentes a las existentes. Los movimientos sociales como emergentes del descontento son una muestra de la contingencia del orden social, de la posibilidad de que determinadas relaciones sociales se estructuren de otra forma. En este sentido, la investigación de los sujetos sociales (entre ellos los movimientos) supone también la oportunidad de rastrear las huellas del futuro, de las potencialidades y las limitaciones que los sujetos tienen para hacer la historia por venir.

Lecturas recomendadas:

Un trabajo introductorio muy destacado es el de Ana Rubio García (2004). Para los clásicos puede consultarse Laraña (1996). Una buena introducción a la Teoría de la Movilización de Recursos es el trabajo de Jenkins (1994) y para su ampliación los trabajos clásicos de McCharty y Zald (1973 y 1977). Entre la literatura del proceso político vale mencionar Tarrow (1994), Mc Adam, Mc Carthy y Zald (1999), y McAdam, Tarrow y Tilly (2001); mientras que entre los trabajos orientados a la identidad Touraine (1987a y b, 1997) y Melucci (1999). Por su parte, Laraña y Gusfield (1994) compilan uno de los trabajos más destacados por la variedad de enfoques incluidos que se complementa con el de Ibarra y Tejerina (1998).

Entre las fuentes relevantes para el estudio de la actualidad de los movimientos sociales en América Latina, encontramos el Observatorio Social de América Latina (promovido por el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales –CLACSO), donde se llevan registros de los movimientos en la región y se cuenta con una revista especializada en la temática, la cual está disponible en su página de Internet. Allí pueden encontrarse valiosos materiales bibliográficos. La revista internacional “*Mobilization*” ofrece estudios sobre diferentes movimientos sociales mayormente desde un enfoque del “proceso

político”. El muy citado número 69 de la revista “Zona Abierta” está dedicado íntegramente al tema y contiene excelentes trabajos desde diferentes ópticas.

Bibliografía

- Bolos, Silvia (1999) *La constitución de actores sociales y la política*. UIA/Plaza y Valdés. México.
- Calderón, Fernando y Jelin, Elizabeth (1987). *Clases y movimientos sociales en América Latina: perspectivas y realidades*. Buenos Aires: Cedes, 1987
- Calderón, Fernando y Mario Dos Santos (1987) *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*. CLACSO. Buenos Aires.
- Caldron, Fernando (Comp.) (1986) *Los movimientos sociales ante la crisis*. UNU. CLACSO. ISSUNAM. México
- Camacho, Daniel y Menjivar, Rafael (1989) *Los movimientos populares en América Latina*. Siglo XXI-UNU, México.
- Cisneros Sosa, Armando (2001) *Crítica de los movimientos sociales. Debate sobre la modernidad, la democracia y la desigualdad social*. Porrúa-UAM-A. México
- Cohen, Jean L., (1985). "Strategy or Identity: new theoretical paradigms and contemporary social movements". *Social Research*, Vol. 52, núm. 4, pp. 663-716
- Cohen, Jean. L. y Arato, Andrew (2000) *Sociedad civil y Teoría Política*. FCE, México.
- Crozier, Michel, Huntington, Samuel P. and Waranuki (1975) *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, New York City Press: New York University.
- De la Garza, Enrique (2005) "Neoinstitucionalismo, ¿opción ante la elección racional? : Una discusión entre la Economía y la sociología" *Revista Mexicana de Sociología*, Año 67, Núm. 1, Pp. 163-203
- Eisinger, Peter (1973). "The conditions of protest behaviour in American cities". *American political science review*, Núm. 67. pp. 11-28.
- Elster, Jon, (1989) *Ulises y las sirenas. Estudios sobre racionalidad e irracionalidad*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Elster, Jon, (1993) *Tuercas y Tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*, Gedisa, Barcelona.
- Elster, Jon. (2000) *Las limitaciones del paradigma de la elección racional. Las ciencias sociales en la encrucijada*. Instituto Alfons el Magnanim. Valencia.
- Habermas, Jürgen (1982) *Historia y crítica de la opinión pública*, Gustavo Gili Editorial, Barcelona
- Habermas, Jürgen (1989) *Teoría de la Acción comunicativa*. (Dos tomos) Taurus. Buenos Aires
- Ibarra, Pedro y Tejerina, Raúl comp. (1998) *Los movimientos sociales*. Trotta, Madrid.
- Jenkins, Craig, (1994). "La teoría de la movilización de recursos y el estudio de los movimientos sociales". *Zona Abierta*, 69.pp. 5-50.
- Klandermans, Bert y Johnson, Hank (1995) "the cultural Analysis of social Movements. En Klandermans y Johnston (ed.) *Social Movements and Culture*. University of Minnesota Press. Minneapolis. Pp. 3-24.

- Lander, Edgardo, comp. (1993) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO, Buenos Aires.
- Laraña, Enrique (1996) “*La actualidad de los clásicos y las teorías del comportamiento colectivo*” *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas* Núm. 74. pp. 15-44, Madrid
- Laraña, Enrique, (1999), *La construcción de los movimientos sociales*, Alianza Editorial, Madrid.
- Laraña, Enrique, E.; Gusfield, J. (comp.), (1994), *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*, CIS, Madrid.
- Le Bon, Gustave ([1895] 1983): *Psicología de las multitudes*, Morata, Madrid.
- Luhmann, Niklas. (1998) *Sociología del riesgo*. Triana-UIA. México
- Mc Adam, Doug, (1994). "Cultura y movimientos sociales". En Laraña, Enrique y Joseph Gusfield, eds., *Los nuevos movimientos sociales. De la ideología a la identidad*, Madrid, CIS. Pp. 43-68.
- Mc Carthy, John D. y Zald, Mayer N (1973): “The Trend of Social Movements in America: Professionalization and Resource Mobilization” en Zald, M.N. y McCarthy, J.D., *Social Movements in an Organizational Society: collected essays*, New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers,
- Mc Carthy, John D. y Zald, Mayer N. (1977): “Resource Mobilization and social Movements: A Partial Theory”, *American Journal of Sociology*, 86,6, 1212-1241
- Mca Adam, Doug, McCarthy, John. D. y Zald, Mayer. N. (1999) (editores), *Perspectivas comparadas: oportunidades políticas, estructuras de movilización y marcos interpretativos culturales*, Istmo, Madrid.
- McAdam, Doug, Tarrow, Sidney and Tilly, Charles (2001) *Dynamics of Contention*. Cambridge, University Press. Cambridge.
- Melucci, Alberto (1994) "Asumir un compromiso: identidad y movilización en los movimientos sociales", *Zona Abierta*, Núm. 69. pp. 153-180.
- Melucci, Alberto. (1999). *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*. El Colegio de México. México
- Offe, Claus (1985) “New social Movements: Challenging the Boundaries of Institutional Politics” *Social Research*, Vol. 52. Núm. 1. 817-868.
- Offe, Claus (1988) *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*, Madrid, Ed. Sistema.
- Offe, Claus. (1989), *Las contradicciones del Estado de Bienestar*, Alianza Editorial, Madrid.
- Olson, Mancur (1965). *The logic of collective action*. Cambridge, London, Harvard University Press. [(1992) *La lógica de la acción colectiva*, México, Limusa]
- Ortega y Gasset, José ([1930] 2005) *La rebelión de las masas*. Espasa Calpe, Madrid.
- Pizzorno, Alessandro (1989): "Algún otro tipo de alteridad: Una crítica a las teorías de la elección racional", *Sistema* 88. pp. 27-42
- Pizzorno, Alessandro (1994) "Identidad e interés", *Zona Abierta* Núm 69. Pp. 135-152.
- Raschke, Joachin. (1994) "Sobre el concepto de movimiento social". *Zona Abierta*, Núm. 69. Pp. 121-134.

- Revilla Blanco, Marisa. (1994a). "El concepto de movimiento social: acción, identidad y sentido". *Zona Abierta*, 69. pp. 181-213
- Rubio García, Ana (2004) "Perspectivas teóricas en el estudio de los movimientos sociales" Circunstancia: revista de ciencias sociales del Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset, Núm. 3.
- Smelser, Neil J. (1963), *The Theory of Collective Behaviour*, Free Press, New York. [Teoría del comportamiento colectivo, México, F.C.E., 1989].
- Swidler, Ann (1995) "Cultural power and Social Movements" En Klandermans y Johnston (ed.) *Social Movements and Culture*. University of Minesota Press. Minneapolis. Pp. 25-40
- Tarrow, Sidney (1991) "Ciclo de Protesta". *Zona Abierta* 56. pp. 53-75
- Tarrow, Sidney (1994) *Power in Movement. Social Movements, Collective Action and Politics*; Cambridge, USA. [TARROW, Sidney (1997). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid, Alianza Universidad]
- Tilly, Charles (1978) *From Mobilization to Revolution*, McGraw-Hill Publishing Company.
- Torres Nafarrate, Javier (2004) *Luhmann: la política como sistema*. FCE. Universidad Iberoamericana, UNAM. México
- Touraine, Alain (1969), *Sociología de la Acción*. Ariel. Barcelona.
- Touraine, Alain (1978). "Movimientos sociales e ideologías en las sociedades dependientes". En AAVV, *Teoría de los movimientos sociales*, San José, FLACSO-Secretaría General.
- Touraine, Alain (1987), *El regreso del actor*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Touraine, Alain (1990), *Movimientos sociales de hoy. Actores y analistas*, Ed. Hacer, Barcelona.
- Touraine, Alain (1991). *Los movimientos sociales*. Buenos Aires, Almagesto.
- Touraine, Alain (1997a) *¿Podremos vivir juntos?*. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires.
- Touraine, Alain (1997b). "De la mañana de los regímenes nacional-populares a la víspera de los movimientos sociales". Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris. From the LASA Forum. Fall <http://lasa.international.pitt.edu>.